

## EDITORIAL

## Un primer paso que requiere avances

El acuerdo entre Sánchez y Casado fija un punto de encuentro entre ambos, pero es insuficiente. El dramático panorama económico hace que el país precise resultados tangibles sin dilaciones

UNA reciente encuesta de Metroscopia para Diario de Navarra recoge que entre un 70% y un 90% de los españoles están a favor de un pacto nacional para superar los estragos de la crisis sanitaria. Ayer, pese a que las declaraciones previas no auguraban esperanzas, el presidente del Gobierno y Pablo Casado acordaron encauzar el diálogo sobre la "reconstrucción" tras la pandemia a través de una comisión específica en el Congreso. De esa manera la 'mesa' propuesta por Pedro Sánchez alcanzaría directamente un rango institucional y aseguraría la participación de todas las fuerzas políticas. Pero es aventurado suponer que ello representaría un avance en cuanto a la necesidad de una respuesta unitaria a las consecuencias del covid-19. Más bien se trata de un punto de encuentro entre las reservas que alberga el PP respecto al diálogo con el Ejecutivo y los deseos de Sánchez de operar con un amplio margen en los próximos meses, sin "mutualizar los errores" -en palabras del líder del PP- pero tampoco la gobernación del país. Lo que se anunciaba como unos segundos Pactos de la Moncloa ha terminado en el carril siempre lento de la deliberación parlamentaria. Lo que se adivinaba como un marco de diálogo resolutorio de largo alcance entre los máximos responsables políticos, autonómicos y de las organizaciones sociales fue ayer devuelto a la lógica de un Gobierno PSOE-Unidas Podemos que participará en las sesiones sin que sus decisiones deban responder necesariamente a un acuerdo previo de la comisión. Solo la presencia continuada en ella de Sánchez, Casado y los demás líderes partidarios y el carácter permanente de ese órgano podrían conceder al acuerdo de ayer visos de aportar alguna efectividad unitaria. El país precisa resultados tangibles y sin dilaciones, máxime después del dramático panorama económico dibujado por el Banco de España. No hace falta que se confirme el peor de los escenarios para comprender la urgente necesidad de un gran compromiso colectivo destinado a restañar con la máxima rapidez y eficacia las serias heridas que dejará el coronavirus en el PIB, el empleo y la cohesión social. De la clase política y los agentes sociales se espera que estén a la altura de este momento sin precedentes.

### La clase política y los agentes sociales deben estar a la altura de la situación

## APUNTES

### Riesgo de colapso

La Justicia tampoco está exenta de los efectos de la pandemia. A la suspensión de todos los procedimientos judiciales ordinarios durante más de mes y medio, se suma el incremento importante de asuntos que aguarda en determinadas jurisdicciones como consecuencia del coronavirus. Los estamentos judiciales ya han alertado de que se puede producir un colapso si no hay refuerzos y no se adoptan reformas legislativas a corto plazo, y han propuesto una serie de requisitos para la vuelta a la actividad que, como concedores de la situación, deberían ser tenidos en cuenta.

### Apoyo más necesario

Que la crisis sanitaria y el consiguiente confinamiento que está padeciendo la ciudadanía afecta con especial crudeza a los más desfavorecidos es algo que no por dicho queda resuelto. Lo saben bien las organizaciones que trabajan con estas personas. El 95% de los programas que prestan las entidades agrupadas en la Red de la Lucha contra la Pobreza siguen activos para, precisamente, no dejar caer a los colectivos más vulnerables. Una labor siempre encomiable, pero que adquiere si cabe una mayor relevancia en estos momentos de máxima dificultad.

# El poder de la resiliencia

El virus nos encierra pero, a diferencia de la antigua peste, esta distancia social ha sido capaz de crear un nuevo sentimiento colectivo de comunidad

Juan M<sup>a</sup> Sánchez-Prieto



LA resiliencia no sólo es la capacidad de resistir y recuperarse de un acontecimiento o proceso adverso. No es un concepto puramente estratégico que mire a restablecer el equilibrio, previendo los riesgos y anticipando desde la experiencia vivida las respuestas a situaciones de vulnerabilidad o cualquier tipo de desastre. Lo que importa realmente no es hacer frente a la adversidad, ni siquiera superarla, sino la transformación positiva del propio sujeto, sistema o sociedad ante el infortunio, rehacerse verdaderamente. La resiliencia exige un cambio de mirada para acoger y hacer propia la desdicha de otros. Hemos de impregnar la política de la virtud de la compasión. La 'política de la compasión' difiere de la política meritocrática y distingue con claridad el mundo de la representación y el de la acción. El sufrimiento nunca es virtual, aunque se contemple en la distancia o la pantalla, y a diferencia de la lástima la compasión siempre es práctica, se implica para actuar sobre determinadas realidades, apela a gobiernos y ciudadanos, y debe movilizar a la opinión pública en ese compromiso de participación. La preocupación resiliente por el presente es el modo afectivo/efectivo de crear el futuro que se nos escapa. La resiliencia, lejos de consagrar estructuras o equilibrios del pasado, invita a "reconstruir mejor".

La crisis del covid-19 ha sido un acontecimiento inesperado que nos afronta brutalmente a ello. Europa y Estados Unidos se han convertido en poco tiempo en epicentro de la pandemia y del desastre ocasionado por el virus. Incredulidad, miedo social y pánico económico ante el colapso inminente, cuando se creía superada la crisis de 2008: el regreso a la realidad ha sorprendido a algunos gobiernos, no supieron adoptar medidas preventivas a tiempo y han mostrado su ineficacia en plena gestión de la emergencia. En su declaración de guerra al enemigo invisible los hiperlíderes no han resistido a la tentación de la propaganda y la



unilateralidad, buscando el cierre de filas en torno a ellos. Pero la fuerza de los hechos ha permitido a la opinión pública celebrar el retorno del conocimiento cualificado frente a la posverdad fútil. Y en la experiencia vivida, hacerse cargo de la realidad de tantas personas de otros continentes que sufren confinamientos, cierre de fronteras, falta de recursos sanitarios y viven en la incertidumbre o conviviendo con la muerte indiscriminada de manera habitual. El virus invisible ha hecho ver realidades invisibles.

El virus nos encierra, pero a diferencia de la antigua peste esta distancia social ha sido capaz de crear un nuevo sentimiento colectivo de comunidad y fraternidad. Nadie se salva si se salva solo. La resiliencia social se ha manifestado más fuerte que la política, emplazada por su parte a situar responsablemente la vida de los individuos por delante de la economía sin convertir el escudo social en argumento de lucha ideológica. Los políticos están siendo poco sensibles al dolor de quienes no pueden acompañar en la muerte a sus mayores ni despedirse de ellos. Las democracias han de aprender a llorar mejor. La crisis del covid-19 deja a las democracias en una encrucijada donde su propia lectura de la resiliencia será decisiva. La primera elección supone una visión corta de la resiliencia, ligada a las ideas de resistencia y refuerzo de la vigilancia para adelantarse a la adversidad, vencerla y preservar a la sociedad y el Estado, una concepción que habría salido reforzada de la crisis ante el aparente éxito de las técnicas de biovigilancia y big data aplicadas en algunos países asiáticos. Esta

opción, aun salvando la voluntad de autolimitación del Estado, afianza las dictaduras digitales. La segunda es más ambiciosa e implica un rearme ético, no sólo para encarar con valentía el futuro, sino para edificarlo sobre bases auténticamente humanas.

La resiliencia puede alumbrar una democracia afectiva y compasiva, que haga prevalecer la unión y el entendimiento mutuo sobre la dinámica de mutuas exclusiones, las batallas de la identidad o el nuevo culto a la frontera, forzando a los políticos a asumir sus verdaderas responsabilidades: a) el mantenimiento del orden de libertad, sabiéndolo adaptar a las circunstancias cambiantes (siempre desde el respeto a las instituciones democráticas y la cultura de la libertad); y b) la preocupación efectiva por el bien común y el bienestar de todos, que conlleva ciertamente la mejora de la dura situación presente. El poder del algoritmo no nos vuelve inmunes, ni reduce la vulnerabilidad a cero. La resiliencia realmente tampoco, pero al hacernos conscientes de nuestros límites nos hace más humanos y consiguientemente más capaces de superarlos para lograr la transformación personal y social. La democracia consciente precisa a su vez de un 'capitalismo consciente' (Mackay y Sisodia, 2013), con una visión más amplia y un propósito superior, capaz de transformarse e implicarse en la construcción de un futuro más cooperativo, humano y esperanzador. Será el mejor antídoto frente a las nuevas tentaciones de estatismo.

Juan María Sánchez-Prieto  
 Director de I-COMUNITAS,  
 Universidad Pública de Navarra